

Selma Lagerlöf

La Anciana Agneta



GENIO MALIGNO

SELMA LAGERLÖF

La Anciana Agneta

GENIO MALIGNO

La Anciana Agneta, de Selma Lagerlöf.

Traducción de la comunidad de Wikisource, publicada bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual (CC BY-SA 4.0).

La obra original está en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). La traducción no es de dominio público: se puede copiar, modificar y compartir citando la fuente y bajo la misma licencia. Original en dominio público en Argentina desde el 1/1/2011 (última muerte: 1940). Traducción de la comunidad de Wikisource, bajo licencia CC BY-SA 4.0.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/La_Anciana_Agneta. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

La Anciana Agneta

Una anciana caminaba por el sendero de la montaña con pasos pequeños y tambaleantes. Ella era pequeña y delgada, con el rostro pálido y marchito pero ni duro ni surcado de arrugas. Llevaba un abrigo largo y un sombrero de ala ancha. Tenía un libro de oraciones en la mano y una ramita de lavanda en su pañuelo.

Tenía una cabaña, allá arriba en la montaña, donde los árboles dejaban ya de crecer. Estaba justo al borde del ancho glaciar, que transportaba su corriente de hielo desde el pico nevado de la montaña hasta las profundidades del valle. Y allí vivía la anciana, sola; todos los que le habían pertenecido alguna vez, estaban ahora muertos.

Era domingo y ella había ido a la iglesia. Pero, sea como fuere, no se sentía feliz sino más bien entristecida por aquel viaje. El sacerdote había hablado sobre la muerte y los desdichados, lo cual la había cautivado. Le hizo recordar aquellas historias de su infancia en las que muchas personas desafortunadas sufrían el frío eterno en la cima de la montaña, allí, sobre su vivienda. De repente sintió un profundo miedo a la montaña, y pensó que su cabaña estaba terriblemente alta. ¡Ojalá los que viajan invisibles por las alturas de los montes no tomen el camino que baja por los glaciares!

¡Ella estaba tan sola!

Con solo esas palabras, sus pensamientos se tornaron aún más tristes. Ahora estaba nuevamente en medio del dolor que la consumía cada día. Le resultaba muy difícil estar tan lejos de la gente.

—Vieja Agneta —se dijo en voz alta, como ya era su costumbre allí en el desierto—, te sientas en tu cabaña, e hilas e hilas. Hay que trabajar y esforzarse todas las horas del día para no morir de hambre. Pero, ¿hay alguien que esté feliz de que estés viva? ¿Es alguien la vieja Agneta?

»Si tuvieras a alguien propio en tu vida, podría ser así. Si vivieras más abajo, en el campo, probablemente serías una alegría para alguien. Tan pobre como eres, no podrías adoptar un perro o un gato, pero a veces podrías prestarle la casa a un mendigo. No deberías vivir tan lejos de los caminos, vieja Agneta. Si pudieras darle un trago de agua a un vagabundo sediento tan solo una vez, sabrías que viviste para algo bueno.

Suspiró y se dijo que ni siquiera las campesinas, que ya la habían dejado sola, llorarían su muerte. Ciertamente ella había intentado hacer un trabajo honesto, pero había muchos que podían hacerlo mejor. Comenzó a llorar cuando se dio cuenta de que el vicario, que la había visto en el mismo lugar de la iglesia durante todos estos años, podría pensar que era igual de bueno si ella estaba allí o no.

—Estoy como muerta —dijo—, nadie pregunta por mí. Bien podría acostarme y morir. Ya estoy congelada por el frío y la soledad. Tengo el corazón roto; eso es lo que estoy, muerta.

»Sí, sí, sí —siguió, porque ahora sí que estaba en movimiento—, si hubiera alguien aquí que me necesitara, todavía habría calor en la vieja Agneta. ¿Pero quizás podría tejer calcetines para las cabras montesas o

hacer camas para las marmotas? »Te digo —dijo, extendiendo la mano hacia el cielo— que debes conseguirme a alguien que me necesite, o de lo contrario me acostaré a morir.

En ese momento, un monje alto y serio se acercó a ella por el sendero. Él la acompañó porque la vio triste y ella le contó su dolor. Ella dijo que su corazón se estaba congelando dentro y que se convertiría en uno de los vagabundos del glaciar si Dios no le daba algo por lo que vivir.

—Dios puede hacer eso —dijo el monje.

—¿No ves que Dios es impotente aquí arriba? —dijo la vieja Agneta—. Aquí no hay nada más que un páramo frío y vacío. Subieron cada vez más alto hacia las montañas. El musgo yacía suave sobre las rocas, plantas con hojas peludas bordeaban el camino, la alta montaña con sus grietas y picos con campos de hielo y masas de nieve se erguía ante ellos tan sobresaliente y pesada que parecía que las cumbres se apretaban sobre ellos. Entonces el monje vio la cabaña de la vieja Agneta justo debajo del glaciar.

—Oh —dijo—, ¿es aquí donde vives? Entonces no estás sola, tienes mucha compañía. ¡Sólo mira!

El monje juntó sus dedos índice y meñique, los acercó al ojo izquierdo de la anciana y le pidió que mirara hacia la montaña. La vieja Agneta se estremeció y cerró los ojos. «Si hay algo que ver allí arriba, no quiero verlo en absoluto», se dijo la vieja Agneta. «¡Sálvanos, sálvanos! Esto puede ser terrible».

—Bueno, entonces adiós —dijo el monje—. Probablemente no volverás a ver algo así.

La anciana sintió curiosidad, abrió los ojos y miró hacia los campos de nieve. Al principio no vio nada maravilloso, pero luego empezó a notar

cómo se movían algunas cosas allí arriba. Vio blanco moviéndose contra blanco. Lo que había creído que eran niebla, neblina y movimientos azul-blancos en el hielo, en realidad eran masas de gente desafortunada, atormentada por el frío eterno.

La pequeña anciana Agneta estaba allí, temblando como una hoja. Todo fue tal como lo habían contado los ancianos en sus cuentos. Los muertos vagaban allí arriba en un tormento y una angustia sin fin. La mayoría de ellos estaban envueltos en algo largo y blanco, pero todos tenían los pies descalzos y las cabezas descubiertas.

Había una multitud innumerable de ellos. A medida que ella miraba, aparecían más y más cosas. Algunos caminaban orgullosos y altos, otros venían flotando, como si bailaran sobre los campos de hielo, pero se veía como unos y otros se cortaban los pies hasta sangrar con las espigas y los bordes del hielo.

Fue como en los cuentos de hadas. Vio cómo se acurrucaban constantemente juntos como para entrar en calor, pero al instante se separaban, asustados por el frío mortal que emanaba de sus mismos cuerpos. Era como si el frío de la montaña viniera de ellos, como si fueran ellos los que mantenían la nieve sin derretirse y la niebla mordaz.

No todos se movían, algunos permanecían inmóviles, petrificados y helados, y parecían haber permanecido así durante años, pues la nieve y el hielo se habían acumulado a su alrededor, de modo que solo la parte superior de sus cuerpos era visible.

Cuanto más observaba la ancianita, más tranquila se volvía. El miedo la abandonó, pero en cambio se sintió profundamente entristecida por todas esas personas atormentadas. No había respirado ante las llamas, ningún lugar

de descanso para los pies heridos que se precipitaron sobre el hielo, que cortaba como acero afilado. ¡Y se congelaban, temblaban y se estremecían de frío! Los que estaban petrificados y los que podían moverse, todos temblaban por el frío punzante, cortante e insoportable.

Había muchos jóvenes allí, niños y niñas, pero no había juventud en sus caras azules congeladas; parecía que estaban jugando, pero toda alegría estaba muerta. Temblaban de frío, tiritaban y se acurrucaban unos contra otros como ancianos, mientras sus pies descalzos parecían buscar los trozos de hielo más afilados para pisar.

Lo que más la conmovió fue ver a aquellos que yacían incrustados en el duro hielo del glaciar y a aquellos que colgaban como grandes carámbanos de las laderas de las montañas.

Entonces el monje retiró la mano y la vieja Agneta sólo vio los campos de nieve vacíos y desnudos. Aquí y allá se encontraban dispersas unas cuantas masas pesadas de hielo, pero no rodeaban a ningún fantasma petrificado. El brillo azul del glaciar ya no provenía de cuerpos congelados. El viento perseguía a algunos copos de nieve ligeros, no espíritus.

Pero ella estaba segura de que había visto la verdad y preguntó al monje:

—¿Está permitido hacer algo por esta desafortunada gente?

Él respondió:

—¿Cuándo ha prohibido Dios al amor hacer el bien o a la misericordia ser paciente?

Dicho esto se fue, y la vieja Agneta se apresuró a entrar en su habitación y se sentó a pensar. Durante toda la tarde reflexionó sobre cómo podría ayudar a las desafortunadas personas que vagaban por los

glaciares. No tuvo tiempo de recordar su soledad.

A la mañana siguiente volvió al campo. Ella sonreía, estaba alegre. La vejez ya no era tan pesada para ella.

—Los muertos —se dijo—, no piden mucho: mejillas rojas y pies ligeros. Sólo piden que se les recuerde con un poco de calidez. Pero los jóvenes no pueden pensar en esas cosas.

»Sí, sí; pero ¿dónde podrían los difuntos protegerse del frío inconmensurable de la muerte, si los ancianos no les abrieran su corazón?

Cuando llegó a la tienda del mercader, compró un gran paquete de velas y encargó al granjero una gran carga de leña, pero para pagarla tuvo que recibir el doble de virutas de madera de lo habitual.

Al anochecer, cuando regresó a su cabaña, rezó muchas oraciones y trató de mantenerse valiente cantando canciones piadosas. Pero su coraje cada vez menguaba más. Aún así, hizo lo que se propuso hacer.

Hizo su cama en la habitación, en el interior de su cabaña. En la sala, amontonó un gran montón de leña en la chimenea y la encendió. Colocó dos velas en la ventana y abrió la puerta de la cabaña de par en par. Luego se fue a la cama.

Ella yacía en la oscuridad y escuchaba.

Sí, definitivamente aquello habían sido pasos. Fue como si alguien hubiera bajado cabalgando por el glaciar. Vino arrastrándose y gimiendo. Se arrastró alrededor de la casa, como si no se atreviera a entrar. Se quedó cerca del borde, temblando.

La anciana Agneta no pudo soportar esto. Se levantó de la cama y fue a la sala, donde cerró la puerta de un portazo y puso llave. Era demasiado; ¡la carne y la sangre no podrían soportarlo!

Fuera de la cabaña oyó fuertes suspiros y pasos arrastrados, como si tuvieran los pies muy doloridos. Se arrastraron cada vez más hacia lo alto del glaciar. También se escuchó algún sollozo ocasional, pero pronto todo se volvió completamente silencioso. Entonces la vieja Agneta estaba fuera de sí por la ansiedad.

—Eres una cobarde, vieja cerda —dijo—. El fuego se apaga y las velas caras también. ¿Todo será en vano sólo por tu miserable cobardía?

Y mientras decía esto, se levantó de nuevo, llorando de miedo, con los dientes castañeteando y el cuerpo tembloroso, pero salió a la sala y abrió la puerta.

Se acostó de nuevo y esperó. Ahora ya no tenía miedo de que vinieran. Ella simplemente se quedó allí, preocupada de haberlos asustado para que no intentaran venir nuevamente.

Entonces comenzó a gritar en la oscuridad, como en su juventud, cuando seguía al rebaño: «¡Mis corderitos blancos, mis corderitos de las montañas, venid, venid! ¡Bajad de los barrancos y de los barrancos, mis pequeños corderitos blancos!».

Entonces fue como si un fuerte viento viniera de las montañas y entrara en la cabaña. No oía pasos ni suspiros, sólo ráfagas de viento que rugían alrededor de la construcción y entraban en la casa. Y sonaba como si alguien estuviera advirtiendo constantemente: «¡Shh! ¡Silencio! ¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo!».

Tenía la sensación de que la sala estaba tan abarrotada que la gente se apiñaba contra las paredes y estaba a punto de explotar. A veces parecía como si fueran a levantar el techo para hacer espacio. Pero siempre había alguien susurrando: «¡Shh! ¡Silencio! ¡No tengas miedo! ¡No tengas

miedo!».

Entonces la vieja Agneta se sintió dichosa y tranquila. Ella juntó sus manos y se quedó dormida.

Por la mañana fue como si hubiera sido un sueño. En la sala todo estaba igual, el fuego se había apagado y las velas también. No había ni una gota de sebo en los palitos.

Mientras la vieja Agneta vivió, continuó llorando a los muertos de esta manera. Ella trabajó y se esforzó para poder mantener el fuego encendido toda la noche. Y estaba feliz porque sabía que alguien la necesitaba.

Luego llegó un domingo en que ella no fue vista en su lugar habitual en la iglesia. Algunos granjeros fueron a su cabaña para ver si le faltaba algo. Para entonces ella ya estaba muerta y llevaron el cuerpo al campo para enterrarlo.

* * *

Cuando la vieja Agneta fue enterrada el domingo siguiente, justo antes de la misa, no hubo bastante gente que la siguió. Tampoco se veía tristeza alguna en el rostro de nadie.

Pero de repente, justo cuando el ataúd estaba a punto de ser bajado, un monje alto y serio entró en el cementerio y señaló hacia los picos cubiertos de nieve. Entonces los que estaban junto a la tumba vieron que toda la montaña estaba vestida de un rojo brillante, como si brillara de alegría, y que en el centro de él se extendía una hilera de pequeñas llamas amarillas, como si fueran de velas encendidas. Y estas luces eran tantas como las que la muerta había dado a los desdichados.